

# MORAL INDIVIDUAL Y MORAL SOCIAL

**SUMARIO:** *Legítima aspiración a remozar la enseñanza de la moral cristiana y a quitarle un excesivo individualismo; hay, sin embargo, peligros en esa reacción.—I. Una afirmación de los revisionistas es la de la vida colectiva de los hombres, pero son exageradas las críticas del abate Leclercq, y han sido condenados por Roma los errores del Dr. A. Hesnard. Cada hombre tiene su fin personalísimo, independiente de todos los demás, aunque no lo haya de realizar aislado de sus semejantes.—II. La campaña revisionista preconiza una presentación de lo específicamente cristiano. Eso está muy bien, pero no se han de desestimar los méritos de nuestros tratados de Moral por declarar y mantener lo que es "natural y común a todo hombre".—III. Otra tendencia revisionista es la de concebir el cristianismo excesivamente volcado a lo exterior, a la acción. Se olvida la complejidad de la vida humana y de la moral. El mismo Jesucristo, que dijo: "Venid, porque tuve hambre y me disteis de comer", dijo también: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos". Si no se matizan nuestros pensamientos y nuestras afirmaciones, perjudicaremos a la buena causa. Por otra parte, si el moralista generaliza y extrema sus juicios, se incapacita o pierde autoridad para denunciar las extremosidades de otros. Sólo matizando y distinguiendo se hará labor constructiva y se defenderá en su pureza la doctrina moral.*

Una de las aspiraciones más legítimas en los que tratan de remozar la enseñanza de la moral cristiana es la de quitarle ese carácter excesivamente individualista que ha tenido en la era del capitalismo, poniéndole inquietudes más en consonancia con las realidades políticas, sociales y económicas de nuestro tiempo. Hoy se siente con fuerza, casi con pasión, la solidaridad y conexión de unos con otros en todos los sectores de la humanidad.

En el religioso, que no puede ser secundario para la moral cristiana, agrégase una consideración singularmente poderosa. A los otros afectos y motivos de solidaridad e interdependencia, que imperan casi

universalmente en la sociedad de nuestros días, se añade la consideración dogmática del Cuerpo místico que formamos o estamos destinados a formar todos los hombres en y con Jesucristo. Con las numerosas consecuencias de ayuda mutua, complemento recíproco, interdependencia y demás secuelas que de ahí se derivan.

Tal aspiración es legítima y merece el aplauso más ferviente. Si miramos a Roma y en ella escuchamos el Magisterio oficial de la Iglesia, captaremos fácilmente esa inquietud convertida en objeto de atención constante del Papa. La mayor parte de sus discursos de tema ético tienen esa proyección social y trata de afirmar y ensanchar la solidaridad humana, rebasando fronteras e internacionalizando deberes y responsabilidades.

Lo difícil en las reacciones es no rebasar la línea-límite. Y en este caso concreto hay que registrar algunos excesos dentro y fuera de la ortodoxia.

Fuera, todos apreciamos fácilmente esa tendencia funesta a la absorción del individuo por parte de la colectividad, a convertirlo en masa despersonalizada; tendencia que se hace realidad luctuosa en los regímenes totalitarios de signo marxista o nacionalsocialista. Dentro también hay que lamentar exageraciones que desvirtúan la oportunidad y el tino de la renovación, que en sí misma se pretende con acierto.

Así, hemos de lamentar la crítica demasiado destructiva de algunas orientaciones sobre la enseñanza de la moral cristiana. Sería mejor dejar en paz lo viejo que existe, aunque sea un poco irreal y trasnochado para hoy; y junto a ello ir construyendo lo nuevo que se quiere imponer. Ya prevalecerá lo segundo por sus méritos y se impondrá por su oportunidad, sin que apliquemos el ariete demoledor a lo primero. El rico compasivo que levanta al pobre una vivienda decorosa junto al mísero tugurio que antes habitaba, no necesita hacerle ratiocinios ni proponerle elección alguna para que deje éste y se instale en aquélla.

Por lo demás, es notoriamente injusto colmar de reproches a lo antiguo. Concretamente, por ejemplo, a la moral de los siglos pasados excesivamente individualista, como si todo en ella debiera ser corregido, orientando de otra manera la actitud de los católicos de hoy. No basta con salvar a duras penas, y hasta cierto punto, la institución y la obra rectora de la Iglesia, insinuando que en su misión de "conservar la doctrina y guiar la práctica" de los fieles, se limita a lo esencial; "defiende del peligro de contradecir la doctrina de Cristo. Pero, sin contradecirla, se pueden olvidar ciertos puntos; se puede descenrar la doctrina, modificando los relieves y poniendo en primer plano aspectos que no son los primeros en el pensamiento del Maestro" (1).

La Iglesia, por lo visto, no se da por enterada de tales desviacio-

(1) J. LECLERCQ: *La enseñanza de la moral cristiana*. Bilbao, 1952; p. 6.

nes. Jesucristo, que está con ella hasta la consumación de los siglos, no inspira a ningún Obispo, a ningún Papa, para que alce su voz y oriente a esos teólogos que forman defectuosamente en moral, cuya opinión "hace autoridad" cuando están de acuerdo sobre un caso. Y en consecuencia impera, décadas y siglos, una moral que "da impresión de inseguridad"; que no traduce la moral de Cristo tal cual es, tal como El nos la enseñó", embarazada como se encuentra "de las aportaciones adventicias que la han recubierto en el curso de los siglos, como terrenos de aluvión" (2).

Esas aportaciones, como las molas, deben de haber absorbido el núcleo genuino, porque apenas nada resiste a la demolición en ciertas críticas bienintencionadas y ricas en sugerencias valiosas. "Cuando se han recorrido de un extremo a otro los tratados de teología moral, no se puede apartar la impresión de que esta enseñanza da un sonido diferente del Evangelio" (3).

Para hacer un lienzo de primera categoría hace falta ser un Murillo o un Greco. Para destrozarlo basta un cortaplumas incontrolado. El que lo maneja insensatamente puede gloriarse de su eficiencia viendo los destrozos de las raeduras. Que trate de reconstruirlos y acaso tendrá un desengaño. Así puede suceder a los críticos de la vieja moral de las generaciones pasadas. Atacar su vetustez no es difícil. La dificultad asoma cuando les exigimos que definan en qué ha de consistir la renovación. Entonces comienzan las orientaciones imprecisas, más de una vez inoperantes. Y también las concesiones, con regateos, a lo que existe.

Se ha dicho que "la casuística de la gracia ha llegado a hacer estragos" en la enseñanza de la moral. Que "inclina al cristiano a no pensar más que en sí mismo; y aun cuando se preocupa del prójimo, a no pensar más que por sí mismo" (4). Esto es decir demasiado. Semejante "casuística" tiene más que la tolerancia pasiva de la Iglesia y no escasos méritos ante la sociedad humana. No lo debemos olvidar.

Bastan estas indicaciones para prevenir respecto a ciertas obras —la que vamos citando, entre ellas— que la Iglesia no quiere que se lean sin prevención, aunque inspiradas por muy buen celo y ricas en bellas consideraciones. Les alcanza un poco la queja manifestada uno de estos días pasados por el Emmo. Cardenal Ottaviani sobre esa auto-crítica inclemente que escarba en lo defectuoso y pierde la perspectiva de lo bueno que existe en la Iglesia de Cristo.

\* \* \*

Una de las afirmaciones fundamentales en los revisionistas de la

(2) *Ibid.*, p. 5.

(3) *Ibid.*, p. 248.

(4) *Ibid.*, p. 184.

enseñanza moral es la de la *vida colectiva de los hombres*. Oigámosela en la descripción que hace tan fino captador de sentimientos y agudo expositor como es el profesor J. Leclercq:

"Nuestro siglo está dominado por la preocupación social. El sentido de la vida del hombre aparece colectivo; y la grandeza moral o ideal moral se presenta en función de toda la humanidad y no simplemente de hombres considerados como formando cada uno un todo, bastándose a sí mismo. El individuo está al servicio de la colectividad. El depende de la misma y debe consagrarse a ella. La moral individual pasa a segundo plano y aun desaparece completamente. Muchos aurores contemporáneos consideran inconcebible la moral para un hombre aislado: lo que da origen a la preocupación moral, al sentido del deber, al del ideal, es la vida colectiva. El hombre adquiere el sentido moral al contacto con sus semejantes y el deber moral enfrente de la humanidad.

Esta concepción se encuentra en todos los grandes movimientos actuales, cualquiera que sea el punto del horizonte de que vengan, en el comunismo, en el nazismo, en el cientismo, en América como en Rusia" (5).

No se menciona expresamente al catolicismo. Pero al hablar de "todos los grandes movimientos actuales", hemos de pensar que se incluye éste también. Y en efecto, parece reconocerse sin rebozo que "el individuo debe... consagrarse, sacrificarse por la colectividad, y por muy modesta que sea su función, ésta llega a ser grande por el servicio de la comunidad". Porque a continuación sigue esto, en tono de reproche: "Ahora bien, la moral cristiana, tal como se la enseña en los siglos modernos, es fundamentalmente individual. Se trata de un alma delante de Dios; el problema fundamental es el de la salvación del alma, y aun el amor al prójimo es considerado a título de forma de perfección individual, de instrumento de salvación". Y un poco más abajo: "No ha sido siempre así. El Nuevo Testamento está lleno del pensamiento de la salvación del mundo. Cristo no ha venido a salvarse, sino a salvar a los hombres, a todos los hombres; y su discípulo le debe imitar".

En consecuencia con esta preocupación por el bien de los demás, con cierto dejar demasiado en segundo plano el negocio personal, están otras ideas que despiertan simpatías en nuestra sociedad; por ejemplo, la del ejercicio de la caridad para con el prójimo sin pensar nada en la propia utilidad. Parece que se hacen reservas a la práctica de "la caridad para salvarse y en la medida que se debe practicar para salvarse" que se entiende con dificultad la subsistencia del amor "donde no hay olvido de sí". En todo caso se supone que el "amor al prójimo como a sí mismo no tiene ciertamente en la idea de Jesu-

(5) *Ibid.*, p. 28.

cristo el significado de que "se debe (se puede) amar al prójimo menos que a sí mismo", aunque se haya llegado a sostener este sentido "a fuerza de retorcer los textos" (6).

Estas ideas, que se airean en clima carólico a impulsos del mejor celo y como reacción legítima contra situaciones excesivamente pasivas y egoístas, tienen, no obstante, el lunar de la exageración hasta el falseamiento de la realidad censurada y de las mejoras propuestas. A los heterodoxos, que no saben discernir y se dejan arrastrar hacia una moral de formas correctas y existenciales sin fondo interior y transcendental, les facilita sus aberraciones desconcertantes.

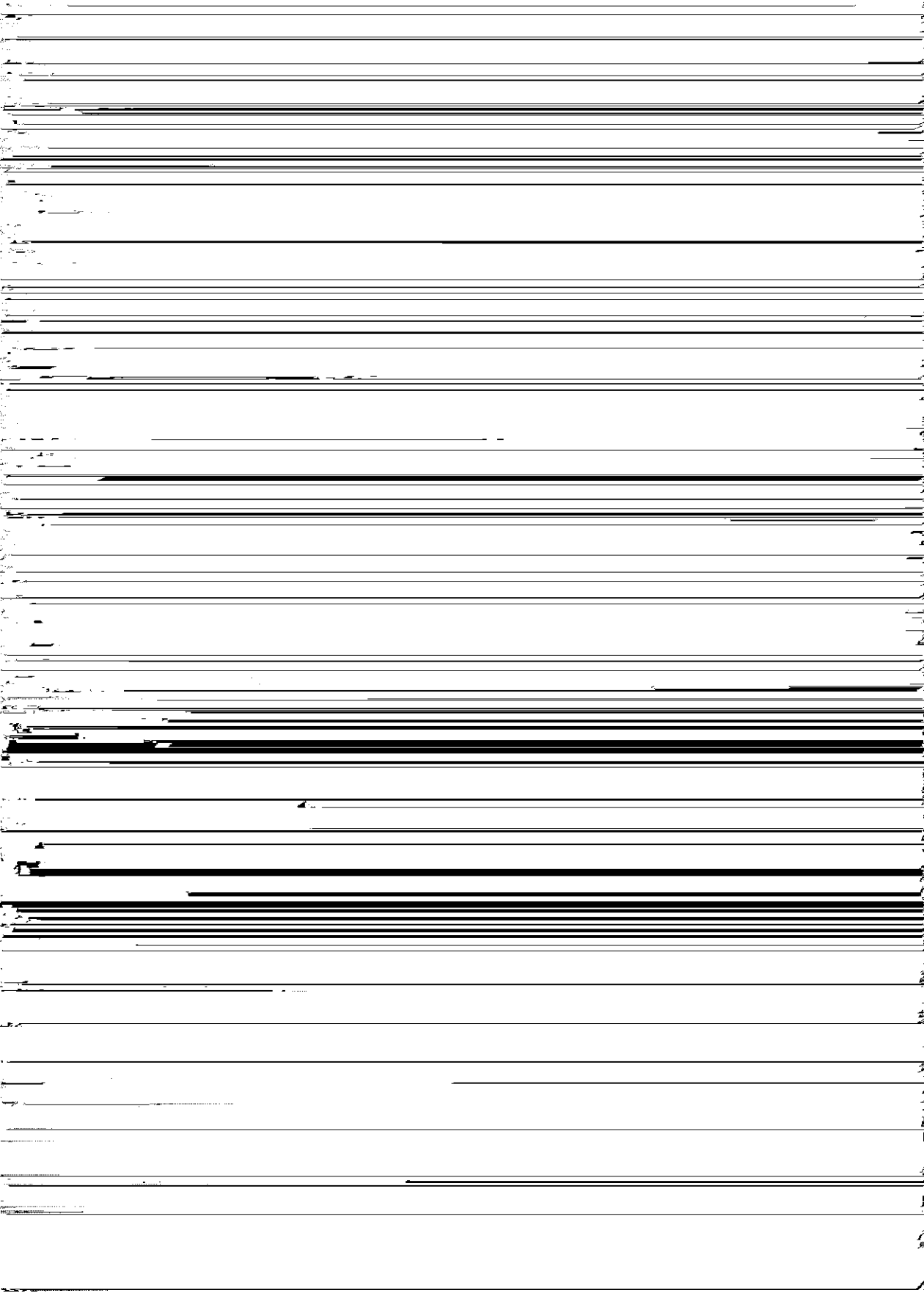
Por limitarnos a un caso, entre muchos, recientemente ha sido condenado por el Santo Oficio el libro *Morale sans péché*, junto con *L'Univers morbide de la faute*, del que es complemento natural y otro más; todos ellos del renombrado psiquiatra parisino Dr. A. Hesnard. Pues bien; *Morale sans péché* preconiza una moral exterior de acción, exclusivamente social, basada en esta norma tan simple como universal: no hacer mal a los demás. Cumplido esto externamente, todo está en orden en el mundo moral. No hay que preocuparse del mundillo interior de pensamientos y afectos, que tradicionalmente se consideran pecaminosos e inconfesables. "La moral interior es un mito", y todo lo que ocurra en nuestra alma, mientras no se traduzca en obras antisociales, antialtruistas, debe despreocuparnos. Hay que habilitar la moral de la "Solidaridad interhumana", liberada de "los equívocos de la revelación religiosa, como de seductoras ficciones ideológicas".

Es, según Hesnard, la moral que traía al mundo Jesucristo, el gran altruista con ternura de corazón, que quiso establecer la ética grandiosa de la caridad. Por efecto de las reminiscencias del Dios de Israel y del monaquismo medieval, esa "prescripción fundamental de la caridad vino a quedar sumergida rápidamente, por el retorno a la angustia de la culpa, a la falsa moral del pecado interior", individualista y egocentrista en definitiva (7).

Está muy bien que induzcamos a todos los cristianos a vivir en una tónica de caridad tan excelente que les lleve a la prueba suprema de fraterno amor, arriesgando la propia vida en favor de sus prójimos. Pero censurar a los hombres y a la moral porque se preocupa de asegurar la salvación de cada alma, como de un negocio individual, nos parece francamente exagerado. Nosotros comprendemos muy bien que los mismos deberes sociales sean propuestos, para mayor eficacia o por otros motivos, en dependencia de la salvación del individuo, como problema fundamental. Porque creemos que cada hombre tiene su fin personalísimo, independiente de todos los demás, aunque no

(6) *Ibid.*, pp. 184, 185-186.

(7) A. HESNARD: *Morale sans péché*, pp. 3, 72, etc.



Leclercq en el ambiente (8), teniendo en cuenta que en ese mismo ambiente se reconocen y deploran los criterios y conductas tan contrarias a la ley natural que existen tan repetidos por ahí. Acaso será porque se supone que antiguamente se apreciaba una diferencia sustancial entre cristianos y no cristianos, y porque en la actualidad "un contacto más habitual con los incrédulos ha llevado a darse cuenta de que ciertos incrédulos viven tan bien o mejor que ciertos cristianos". Para que esos sientan la necesidad de pasar a nuestras filas, se apunta, habrían de ver que el cristianismo impone la transformación de la vida. De lo contrario, "no ven por qué tienen que convertirse". Ahora bien, nuestros tratados de Teología Moral presentan "análisis exactamente semejantes a aquellos a los cuales se puede dedicar fuera de la revelación cristiana sobre los caracteres y las condiciones del acto moral, el papel de la razón, la formación de la conciencia, etc." Y así no se puede reconocer la eficiencia del cristianismo. "Lo que (la moral) presenta hoy es ineficaz para atraer hacia el cristianismo a los que viven en otras religiones. Es menester revalorizar en ella lo específicamente cristiano. lo que viene del cristianismo y no se concibe fuera del cristianismo" (9).

Nos parece magnífico que se haga esto también. Pero no desestimeemos los méritos excelsos que tienen contraídos nuestros tratados morales por declarar y mantener lo que es "natural o común a todo hombre". No olvidemos que en el mundo de hoy, en el cristiano y en el no cristiano, hay muchísimos errores y abusos respecto de las exigencias de la ley natural. Que esos errores sólo los desenmascara y combate sin rebozos la moral teológica de la Iglesia católica. Que en las campañas de amor al prójimo, a todo prójimo o al de la propia raza, que pregonan ciertos movimientos político-sociales de nuestros días, también podría decirse que hay materialmente mucho de común con la gran ley cristiana del amor al prójimo que destaca el movimiento renovador, debiendo en definitiva encontrarse la discriminación en las normas que la ley natural impone a esas tendencias para no sacrificar derechos individuales sacrosantos y no santificar cualesquiera medios con la nobleza del fin. Que en muchas páginas de la obra se hace un cuadro bien desolador, aunque por desgracia muy real, de lo que, dentro y fuera del cristianismo, se desorientan las inteligencias y se tuercen las voluntades hasta vivir, sin remordimientos una vida de injusticia, de infidelidad conyugal, de naturalismo materialista, de satisfacción inconfesable de pasiones carnales, etc., etc.

Exponer en esta barahunda de hoy los postulados fundamentales de la ley natural, tal como se la estima en un ambiente cristiano, al amparo seguro de la interpretación de la Iglesia, y exponerlo como

(8) J. LECLERCQ, o. c., p. 340.

(9) *Ibid.*, 147, 150.

tarea acaso la más importante del moralista, mientras una purificación mayor de la atmósfera y una dignificación racional de las costumbres no permita otra cosa, creemos que no es ningún desacierto ni desconocimiento de la realidad. Pío XII pasará, sin duda, a la historia, como paladín del espíritu cristiano. Pues bien, repásense sus principales actuaciones y se verá que muchas veces, las más entre tantísimas, ha proclamado, con resonancias de voz pública que habla en un desierto, principios muy fundamentales de ley natural, que suenan a cosa nueva en nuestra sociedad heterogénea.

\* \* \*

Otra tercera idea, que se entremezcla con las anteriores. El movimiento revisionista deja más de una vez la impresión de concebir el cristianismo *excesivamente volcado a lo exterior, a la acción* que se percibe por los sentidos, a la caridad para con el prójimo, no conectada demasiado con la caridad para con Dios, que debe ser su fundamento y su motivo.

En los medios cristianos se juzga a estos incrédulos honrados, "naturalmente, cristianos"; y se trata de convertirlos diciéndoles: "Para llegar a ser cristianos, usted no tiene que cambiar nada. Argumento de doble filo; porque, entonces, ¿para qué hacerse cristiano?... Es difícil responder, si el cristianismo no debe transformar la vida".

Así aprecia la situación un observador situado en paraje bien estratégico (10).

Responderíamos: si un incrédulo "naturalmente cristiano en cuanto a sus costumbres llega a dudar sobre la existencia de una religión revelada, tiene el deber grave de inquirir sobre ella; y reconociéndola, la debe profesar y vivir según sus exigencias, concretamente practicando las formas de culto público prescritas, sobre las que nos debemos expresar con gran reverencia. Eso, por lo menos, les faltará a esos incrédulos honrados. Cuando lo pongan en práctica obtendrán la gracia, serán elevados al orden sobrenatural, regenerados, hechos creación nueva, hijos de Dios más que por adopción, templos del Espíritu Santo y herederos en justicia de la bienaventuranza. ¿Parecerá pequeña la transformación que opera el cristianismo, aunque no fuera más que ésta, aunque no se hablara, que sí se habla, de "las perspectivas de la Redención y del Reino"?

Hesnard, queriendo ser benévolo, cree que la religión no es un obstáculo para la humanidad. "Al creyente le bastaría dejar de representarse a Dios como juez de los pensamientos y afirmarlo como revelándose a través de los actos de caridad. Entonces la religión se confundiría con la ética" (11). He aquí la concepción heterodoxa de la

(10) *Ibid.*, p. 30.

(11) *Morale sans péché*, p. 146.

religión cristiana, que el psiquiatra francés aspira en el ambiente.

Dentro de la ortodoxia también se hace sentir acentuando con exclusivismo la consideración de un aspecto verdadero, en detrimento del resto de la verdad compleja, que se traiciona y mutila con semejante parcialidad. Se ha dicho con relación al amor del prójimo: "Todo se reduce a esto. Sabemos que el cristiano no se salva solo, y que en la comunión de los santos las almas son solidarias". Esto, reconociendo que "el cristianismo en sí mismo no es una doctrina social, y que, si es personalista, es porque es ante todo moral"; pero de forma que "la moral conduce a lo social". Y dentro de lo social, singularmente a la caridad: "Finalmente llegamos al amor del prójimo. Todo converge en él. Su papel es tan esencial, que se podría tomarlo como punto de partida, y también como punto de llegada" (12).

Y mencionada la sentencia del día del Juicio: "Venid, benditos de mi padre... porque tuve hambre y me disteis de comer, etc.", comenta el mismo autor: "La forma de actividad que autentiza al cristiano no es la oración o el culto, ni la mortificación; no es el asistir a misa u observar la abstinencia los viernes. Sin duda también eso hay que hacer... Sin embargo, a pesar de eso el cristiano no es reconocido por esas señales; es la caridad, sólo la caridad, y en la caridad, en el amor al prójimo. El amor de Dios, considerado aisladamente, no es aún decisivo: "El que dice que ama a Dios y odia a su hermano, es un mentiroso", dice San Juan (1 Jn. 4, 20). Todo lo demás, si es auténtico, conduce al amor del prójimo..." Y aún más:

"En el cristianismo todo lleva al amor del prójimo. Piedad y contemplación no son, pues, fines en sí... La tendencia natural, no sobrenatural, sino natural de la piedad, es buscar satisfacción sin preocuparse del prójimo... Los cristianos fervorosos sobre el plano de la oración manifiestan los prejuicios más anticristianos en materia social" (13).

La intención que pondera así la caridad para con el prójimo, haciendo converger hacia ella todo el resto de las manifestaciones cristianas, y el deseo de que los cristianos sean desinteresados de sí para pensar generosamente en sus prójimos y sacrificarse por ellos son, sin duda, excelentes. Pero creemos que arrancan a veces afirmaciones audaces, un poco malsonantes para ciertas almas pías; que hacen exagerar la nota e incurrir en las parcialidades contrarias a las que se combaten; y que, al llegar a declaraciones desdeñosas e inexactas por exageradas, previenen a muchos incluso contra lo bueno que tiene esa campaña laudable de renovación de la moral cristiana.

Las cosas de la vida humana son muy complejas. Se cita, y muy bien citado, el pasaje sobre la sentencia en el juicio final: "Venid, porque tuve hambre y me disteis de comer..." Pero no se olviden otros que

(12) *La enseñanza de la moral cristiana*, pp. 80, 86, 100.

(13) *Ibid.*, pp. 100-101, 201.

han de conjugarse con él: "si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos" (Mt. 19, 17); "aun cuando repartiere todos mis haberes y entregare mi cuerpo para ser abrasado, si no tuviere caridad (amor de Dios extendido al prójimo por el mismo Dios, y gracia santificante) ningún provecho saco" (1 Cor. 13, 3). "Otro de sus discípulos le dijo: Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre." Mas Jesús le dice: "Sigueme, y deja a los muertos enterrar a sus muertos" (Mt. 8, 21-22). "¿A ti qué? (de la suerte de ése) Tú, sigueme" (Jn. 21, 22). Y muchos otros.

En el Evangelio de Jesucristo hay textos apremiantes para la piedad y para el culto, para la oración y para la acción, para los deberes individuales y para los sociales, para el cumplimiento de los demás preceptos y para el del segundo, que está supeditado al primero y acreditará la verdad de su observancia, pero no le quitará su carácter decisivo.

Y como en el Evangelio, en la Tradición y en el Magisterio vivo de la Iglesia: por la misma razón de que, también éstos atienden a todo el hombre, a la vida moral en todo su complejidad.

Limitemos la confirmación de este aserto al Pontífice reinante. Nadie le negará la preocupación constante por el mejoramiento de la humanidad en todos sus aspectos, y en particular por el de las clases humildes. Promueve el desarrollo de las ciencias; alaba las conquistas de la técnica y de la investigación; confirma las atribuciones del Estado para tutelar e impulsar el bien común; proclama la dignidad de la persona humana frente al absorcionismo de la sociedad; señala las responsabilidades y deberes sociales; grita por el retorno a Dios de la humanidad irreligiosa... Pero también defiende la supremacía del hombre frente a la materia organizada en técnica y economía, se alza contra la tiranía de los totalitarismos que, en formas más o menos irritantes, anulan a la persona humana o le mutilan sus derechos inalienables, protesta contra la excesiva libertad, exalta la justicia social y señala sus consecuencias prácticas, desenmascara el cristianismo muerto, religión acomodada al capricho de los hombres, ídolo que no salva, que no resiste a las pasiones, que no resulta eficaz para decidir a la observancia de los mandamientos, la más apremiante necesidad, según él, en un mundo que tiene tantas...

Las cosas en la vida humana, repetimos, son muy complejas. Y nosotros también las tenemos que ver así. Matizando nuestros pensamientos y nuestras afirmaciones. De lo contrario perjudicamos la buena causa. Muy bien, por ejemplo, que se cambie el ambiente empresarial, llegando los patronos a la convicción de que es más cristiano formar con sus oficiales y obreros, una sociedad común, en la que todos participen de los beneficios en equitativa proporción y gestionen conjuntamente los asuntos social-económicos. Pero no se diga sin grandes limitaciones que éste es un imperativo natural. El amante

de la Iglesia protestará, porque sabe que no fué ésa la doctrina que ella enseñó hasta el presente. Y el caballero de la verdad, al rebatir la exageración insostenible, dará la impresión de hostilidad para con la deseada evolución del contrato de trabajo hacia maneras más conformes con el espíritu cristiano y para con la cogestión empresarial, anhelándola tal vez, sin embargo, tanto como cualquiera como una aspiración legítima, no obligatoria.

Todavía otra obseravción. Si el moralista de profesión generaliza y extrema sus afirmaciones, se incapacita, o por lo menos pierde autoridad, para denunciar las extremosidades en otros. Ante un Estado ultraliberal, no sabrá exponer objetivamente los peligros del libertinaje y el mal que es el abuso de la libertad. Ante un Estado totalitario o totalitarizante, no acertará a razonar mesurada y eficazmente la tesis cristiana de la libertad de expresión, o de enseñanza, o de sindicación, o de lo que sea. Y entonces no dará a los gobernantes la impresión de que no combate sus posibles intenciones rectas de orden, educación, progreso; de que, por el contrario, las favorece como el que más, al inducirles a educar a la masa humana, nacional, controlando pedagógicamente sus movimientos, sin hacerla amorfa y de reacciones impuestas o mecanizadas, conduciéndola dentro del respeto a sus libertades nativas, no aniquilándoselas, sino recortándolas en sus excrescencias abusivas.

Solo matizando y distinguiendo, rechazando bajo un aspecto y admitiendo bajo otro las cosas complejas, como son el conjunto de la vida moral del hombre y sus repercusiones sociales, se hará labor constructiva y se defenderá en su pureza la doctrina moral.

M. ZALBA, S. J.